

Discurso con motivo de la visita al Consejo Mundial de Iglesias de Su Santidad el papa Francisco

Rev. Dr. Olav Fykse Tveit, Secretario General del CMI

Ginebra, 21 de junio de 2018

Su Santidad, papa Francisco,

Sus Eminencias, Sus Excelencias, honorables invitados,

Queridos hermanas y hermanos en Cristo:

“Este es el día que hizo el Señor; nos gozaremos y nos alegraremos en él.” (Salmos 118:24)

En estos días, celebramos el movimiento ecuménico único. Al celebrar el 70° aniversario del Consejo Mundial de Iglesias, compartimos el llamado único a la unidad, al trabajo en pro de la justicia y de la paz para todos. Es un honor que Su Santidad, el papa Francisco, haya decidido visitar el Consejo Mundial de Iglesias en esta ocasión. Hoy estamos ante un hito importante en nuestro viaje. Es un día que ha sido objeto del anhelo y las oraciones de muchas personas en el mundo.

Estamos caminando, trabajando y orando juntos. Hemos estado caminando, trabajando y orando juntos. Y seguiremos caminando, trabajando y orando juntos.

¿Con quién? Ante todo, con Jesucristo. Jesucristo ha entrelazado a nuestras iglesias. Este tapiz nos recuerda ese hecho irrefutable. Estamos creados por Dios como seres humanos para la unidad y para vivir en comunidad. Entramos a la comunidad única de la iglesia una de Jesucristo por medio del bautismo. Nuestro llamado se entreteje en nuestras vidas del mismo modo en que lo hace en este tapiz: “Que todos sean uno... para que el mundo crea” (Juan 17:21).

Hoy, con esta visita, demostramos que es posible superar las divisiones y la distancia, así como los hondos conflictos causados por diferentes tradiciones y creencias religiosas. Hay varios caminos para ir desde el conflicto hasta la comunión. Y, por supuesto, aún no hemos superado todas las diferencias y divisiones. Por lo tanto, oramos juntos para que el Espíritu Santo nos guíe y nos una mientras seguimos avanzando. La primera vez que vi este tapiz me embargó una profunda emoción y sentí en él el llamado de Cristo. Hoy siento una profunda emoción por que estemos aquí juntos.

En el tapiz vemos el símbolo bíblico de los ríos, que irrigan los árboles, cuyas hojas procuran sanación a las naciones. El mundo en que vivimos necesita desesperadamente señales de que podemos reconciliarnos y vivir juntos como una sola humanidad, cuidando de la vida de la única Tierra que tenemos, y nuestro hogar común. Son muchas las cosas que vemos que podrían dividirnos, y que crean conflictos, violencia y guerras. Incluso la religión se manipula con tales propósitos. Las brechas entre ricos y pobres, entre pueblos de diferentes grupos y razas, siguen

existiendo e incluso haciéndose más profundas. Nuestro planeta es permanentemente objeto de la explotación y la destrucción. Se dan ataques constantes contra la dignidad de los seres humanos, que socavan sus derechos y sus posibilidades de aspirar juntos a un futuro mejor en este mundo.

Deberíamos estar unidos en nuestra esperanza de un futuro común para todos. Tenemos derecho a tener esperanza.

Su Santidad, su visita es una señal de esa esperanza que compartimos. Es un hito en la historia de las relaciones entre las iglesias. Estamos aquí como representantes de diferentes iglesias y tradiciones de todo el mundo. Como representantes del Consejo Mundial de Iglesias, somos una comunidad de iglesias, procedentes de diferentes tradiciones confesionales, contextos y continentes. Allí donde va Su Santidad, lo hace en representación de la Iglesia Católica Romana, puesto que está presente en todos los lugares y entre todos los pueblos. Usted vino del “fin del mundo”, del lejano sur, tal y como usted mismo dijo tras su elección. Estamos aquí juntos, como mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, del sur y del norte, de oriente y occidente. (Yo vine del norte, de una tierra que, vista desde los centros del mundo antiguo, estaba “fuera del mundo”, más allá de todos los límites).

Hemos recibido esta ciudad, esta casa, con su capilla y su salón, como un lugar donde reunirnos y compartir nuestra vida juntos como peregrinos. Hacemos aquí una pausa para reflexionar, orar, y trabajar a fin de encontrar el camino por el que avanzar juntos.

El lema de nuestro encuentro refleja también la vida del Consejo Mundial de Iglesias a lo largo de su historia. Caminando, trabajando y orando juntos estos últimos setenta años, hemos aprendido mucho sobre lo que significa ser una comunidad de iglesias. También es así como han ido evolucionando las relaciones entre el CMI y la Iglesia Católica Romana, después de más de cincuenta años de cooperación.

Pero, uno podría preguntarse: ¿por qué no vivir y hacer nuestras tareas por separado?

La respuesta es simple: “El amor de Cristo nos constriñe”. “El amor de Cristo nos impulsa”, tal y como leemos en nuestras Sagradas Escrituras (2 Cor 5:14). Estamos llamados al ministerio de la reconciliación; para reconciliarnos con Dios y reconciliarnos unos con otros. Estamos llamados a ser pacificadores. Hacer la paz es una obra santa. Trabajamos por una paz justa. Esa es nuestra tarea como cristianos, esa es nuestra tarea como iglesias en el mundo de hoy.

Queremos compartir esa tarea con todas las personas de buena voluntad, con comunidades religiosas y no religiosas, con las instituciones, organizaciones, misiones y demás entidades, aquí en Ginebra y en otras partes del mundo, que trabajan por la justicia y la paz para todos.

La “realpolitik” de la iglesia de Jesucristo es siempre una cuestión de amor. Es el principio y el final de todo lo que deberíamos decir y hacer juntos. Es el motivo que Dios nos ha dado para llevar a cabo la única misión de Dios, que se persigue en el movimiento ecuménico único. No debemos permitir que nada ni nadie –y aun menos nuestras diferencias como iglesias– nos impidan aspirar a hacer –ni lograr hacer– lo necesario para cumplir este imperativo misional.

Del mismo modo, los diálogos entre nosotros han sido diálogos tanto de verdad como de amor. Nos hacemos mutuamente responsables, planteándonos el uno al otro la misma pregunta, una y otra vez: ¿En qué forma nos está moviendo el amor de Cristo? ¿De qué maneras expresamos nuestra unidad?

El movimiento ecuménico único está llamado a dar una única respuesta conjunta. Esta debe diferir de la respuesta que dan los poderosos, debe ser ajena a nuestros propios intereses. Como iglesias, debemos seguir instándonos unas a otras a la unidad visible.

Estamos llamadas a aplicar lo que hemos aprendido de este viaje ecuménico común en las luchas que libramos hoy, no solo como iglesias, sino como una humanidad. Esas luchas se siguen librando hoy en muchos lugares del mundo –representados por todos los que están aquí hoy–, donde las personas anhelan la reconciliación, la justicia y la paz, y luchan por ellas. Nuestras expresiones de unidad hoy deberían redundar en beneficio de todas nuestras iglesias y de todos nuestros pueblos, en todos los rincones del mundo.

Su Santidad, en muchos sentidos, a través de su ministerio, usted ha demostrado su compromiso con este santo ministerio de la unidad, a través de su servicio a la justicia y la paz, y saliendo de las zonas de confort de la iglesia. Su liderazgo es una clara señal de la forma en que esta unidad puede expresarse en la *diakonía* y la misión, “caminando, trabajando y orando juntos”.

Creo que este lema de nuestro encuentro también capta el desbordante dinamismo de este momento, del día de hoy. Se está generando un impulso, con expresiones más numerosas y más profundas de nuestra unidad en Jesucristo. Hay un renovado impulso en nuestro movimiento ecuménico único que afronta la realidad de una humanidad dividida y una Creación enferma. Esas palabras resumen bien el perfil de la labor actual del Consejo Mundial de Iglesias y de muchos de nuestros asociados que están “Juntos en una peregrinación de justicia y paz”.

La peregrinación es un viaje que hacemos juntos en la fe, la esperanza y el amor. Juntos, reconocemos mutuamente nuestro bautismo único en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Seguimos avanzando hacia una comprensión común de la iglesia. Estamos comprometidos a llevar a cabo la misión de la iglesia desde los márgenes. Reunimos a las iglesias en torno a iniciativas conjuntas de paz en muchos lugares del mundo. Nos ocupamos de la situación de los refugiados. Planteamos cuestiones de justicia económica y hacemos frente a la pobreza. Desplegamos grandes esfuerzos juntos para combatir el cambio climático y otras amenazas a nuestro medio ambiente. Promovemos diálogos interreligiosos e iniciativas por la paz. Nos movilizamos juntos por los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Preparamos juntos las oraciones anuales por la unidad de los cristianos.

En muchas de estas tareas trabajamos con el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (PCPCU), bajo la dirección del cardenal Kurt Koch, quien también ha trabajado incansablemente para que esta reunión tenga lugar. Tenemos gran interés en hacer más cosas con Su Santidad, y con otros representantes de la Iglesia Católica Romana. Esperamos que este día sirva de inspiración a muchas nuevas iniciativas de colaboración en todo el mundo y en muchos contextos diferentes.

Hemos tardado setenta años en llegar donde estamos hoy. Hoy es un día histórico. No nos detendremos aquí. Continuaremos, podemos hacer mucho más juntos por quienes nos necesitan. Permitamos que las próximas generaciones creen nuevas expresiones de unidad, justicia y paz, a medida que compartimos cada vez más y más.

Al igual que usted, Su Santidad, creemos que Jesucristo camina a nuestro lado y que seguirá a nuestro lado cuando vayamos descubriendo nuevos lugares donde encontrarnos y compartir los dones de Dios.

